

El Libro de Mormón como un espejo del Oriente

Por Hugh W. Nibley, Ph.D.
Profesor Asistente de Historia y Religión
Universidad Brigham Young
The Improvement Era Abril 1948

“El hombre promedio”, escribió el gran A. E. Housman, “cree que el texto de los autores antiguos es, por lo general, correcto, no porque se haya familiarizado con los elementos del problema, sino porque se sentiría incómodo si no lo creyera”. El Libro de Mormón no ha disfrutado de un respaldo popular semejante. De hecho, al “hombre promedio” nada le agradaría más que verlo desacreditado de una vez por todas; durante más de un siglo este libro lo ha hecho sentir incómodo. ¿Qué es lo que ha impedido que eso ocurra?



Paiankh, hijo de Kherihor y Sumo Sacerdote de Amón. El nombre, en forma de Paankhi, fue llevado por dos gobernantes del Sur, el primero y el cuarto reyes de la dinastía XXV. Es absolutamente idéntico al Paanchi de Helamán I, 3.

Por una razón, el Libro de Mormón es inmune a los ataques provenientes de Occidente. No importa cuánta evidencia arqueológica se acumule en un sentido u otro, el hecho permanece: el Libro de Mormón nunca afirma estar contando la historia de todos los pueblos que alguna vez vivieron en el hemisferio occidental. Incluso dentro de su propio ámbito, como ha demostrado el profesor Sidney B.

Sperry, constituye en gran parte “un informe de una minoría”, y no trata acerca de las diversas ramas de los distintos grupos que llegaron al Nuevo Mundo desde el Viejo Mundo.

Así pues, aunque las investigaciones realizadas en América pudieran producir abundante evidencia en favor del Libro de Mormón, ningún descubrimiento podría considerarse una prueba definitiva en su contra.

Muy distinta es la situación cuando nuestro libro se aventura en el terreno del Oriente y proporciona nombres específicos, lugares concretos y fechas determinadas. Aquí, cualquier impostor de la década de 1820 estaría pisando un terreno sumamente peligroso. No podría ofrecerse mejor oportunidad para una crítica rigurosa e implacable que los compromisos explícitos del Libro de Mormón en asuntos relacionados con Egipto.

Al insistir en el peculiar idioma neoegecio de los nefitas, al proporcionar una lista de nombres personales y geográficos, y al describir conflictos políticos originados en el Viejo Mundo, el autor del Libro de Mormón parece colocarse deliberadamente en manos de sus críticos modernos. Porque el Cercano Oriente del año 600 a. C. ya no es aquella nebulosa región de misterios exóticos que era en los días de José Smith.

Cualquier invención realizada por él, o incluso por el más erudito de sus contemporáneos, necesariamente aparecería hoy como un cúmulo de errores, en el que alguna semejanza accidental con la realidad podría encontrarse una vez, pero difícilmente dos.

¿Muestra el autor o traductor del libro algún conocimiento acerca de aquella parte del mundo donde afirma haber tenido su origen? Esa es la cuestión.

Como respuesta preliminar —apenas una primera aproximación— examinaremos brevemente algunos años de la historia del Libro de Mormón, aquel período turbulento durante el cual el sistema de gobierno por jueces atravesó algunas de las pruebas que finalmente condujeron a su fracaso. Compararemos el relato, paso a paso, con diversos paralelos del Viejo Mundo, y después de algunas observaciones generales dejaremos que el lector decida por sí mismo qué significado debe atribuirse a esas semejanzas.

EL LIBRO DE MORMÓN

Siguiendo la recomendación del rey Mosíah, quien deseaba evitar una disputa por el trono, el pueblo sustituyó la monarquía por un sistema de gobierno administrado por jueces sacerdotales:

“... hombres sabios para que fueran jueces, que juzgaran a este pueblo de acuerdo con los mandamientos de Dios.”

No se nos dice dónde obtuvo Mosíah esta idea, pero el entusiasmo y la facilidad con que el pueblo adoptó el nuevo sistema implican que ya estaban familiarizados con él.

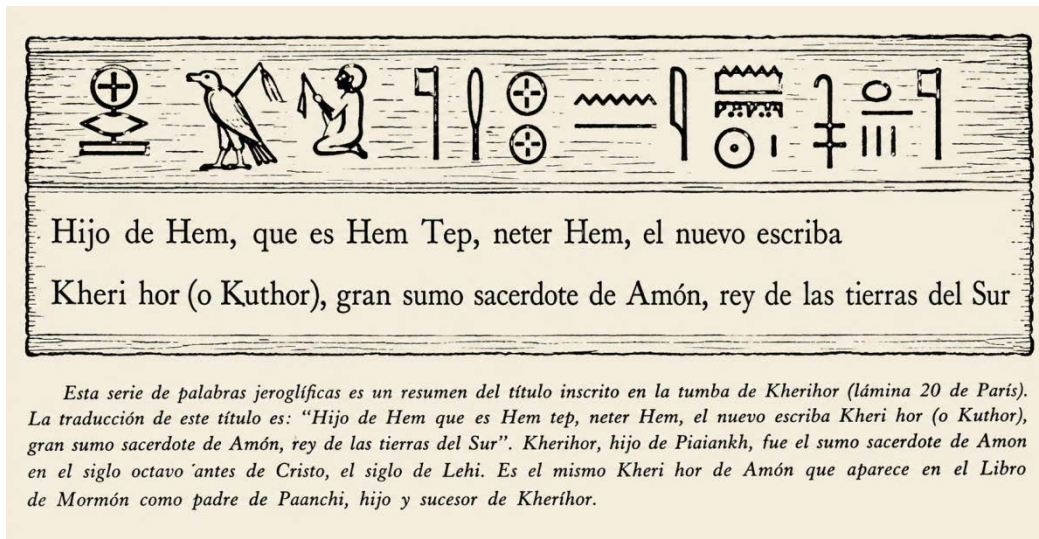
Esto queda claramente indicado por el relato de un hombre llamado Korihor, quien logró reunir un numeroso grupo de seguidores acusando al “sumo sacerdote y también al juez superior de la tierra” de

revivir “ordenanzas y ceremonias establecidas por los antiguos sacerdotes” para usurpar el poder y la autoridad sobre el pueblo.

Que realmente existía el peligro de restaurar un antiguo gobierno sacerdotal se evidencia por el hecho de que, apenas establecido el nuevo sistema, un hombre llamado Nehor —el primero en ser juzgado por el nuevo juez superior— es acusado de haber sido “el primero en introducir el sacerdocio para obtener ganancias entre este pueblo”.

En aquella ocasión, el juez superior declaró que, si el pueblo permitía semejante sistema sacerdotal, ello “causaría su completa destrucción”.

Por consiguiente, se nos informa que el sacerdocio para obtener ganancias no había existido en el Nuevo Mundo, pero que el recuerdo de esa tradición permanecía muy vivo. Si hemos de aceptar el relato del Libro de Mormón, el origen de dicha tradición debe buscarse en el Viejo Mundo.



EL VIEJO MUNDO

A partir de la Dinastía XI, la historia de Egipto gira en gran medida en torno a los esfuerzos de los sacerdotes de Amón, encabezados por el sumo sacerdote de ese dios, por obtener el control del país. Hacia el año 1085 a. C., el sumo sacerdote de Amón llegó a apoderarse del trono del Alto Egipto y, desde entonces, “el sumo sacerdote de Amón... podía y continuamente reducía al rey a una posición de subordinación”. El nombre del gran sacerdote que se coronó rey en Tebas era Herihor o Kherihor. La piedra angular de este gobierno sacerdotal fue un nuevo sistema de tribunales populares, en los cuales los sacerdotes de Amón actuaban como jueces. Estos tribunales, al principio, coexistieron con los tribunales tradicionales y, con el tiempo, terminaron sustituyéndolos por completo. La tendencia separatista, que continuó siendo una característica de la historia del sacerdocio egipcio, pudo haberse anticipado cuando Nehi, el gran gobernador de la Dinastía XVIII, unificó todos los territorios del sur bajo una sola administración. También se manifestó con la aparición de una familia gobernante independiente en Tebas, bajo el patrocinio de Amón, comenzando con el conde Nehri. El sucesor de

Nehri adoptó el nombre Sam-Tawi, que significa “Unificador de las Dos Tierras”, anunciando así el comienzo de una nueva dinastía.

Aún queda por investigar si Nehi y Nehri guardan alguna relación con el nombre Nefi (aunque existen otros nombres egipcios que presentan una semejanza aún mayor). Sin embargo, ningún filólogo se negará a reconocer la posible identidad entre el Korihor del Libro de Mormón y el egipcio Kherihor; asimismo, nadie —sea filólogo o no— podrá negar la notable semejanza entre Sam-Tawi y Sam, el hermano de Nefi.

EL LIBRO DE MORMÓN

El llamado “pueblo de Ammón”, una comunidad reconocida por su rectitud, llevó a Korihor ante su dirigente, Ammón, “quien era el sumo sacerdote de ese pueblo”.

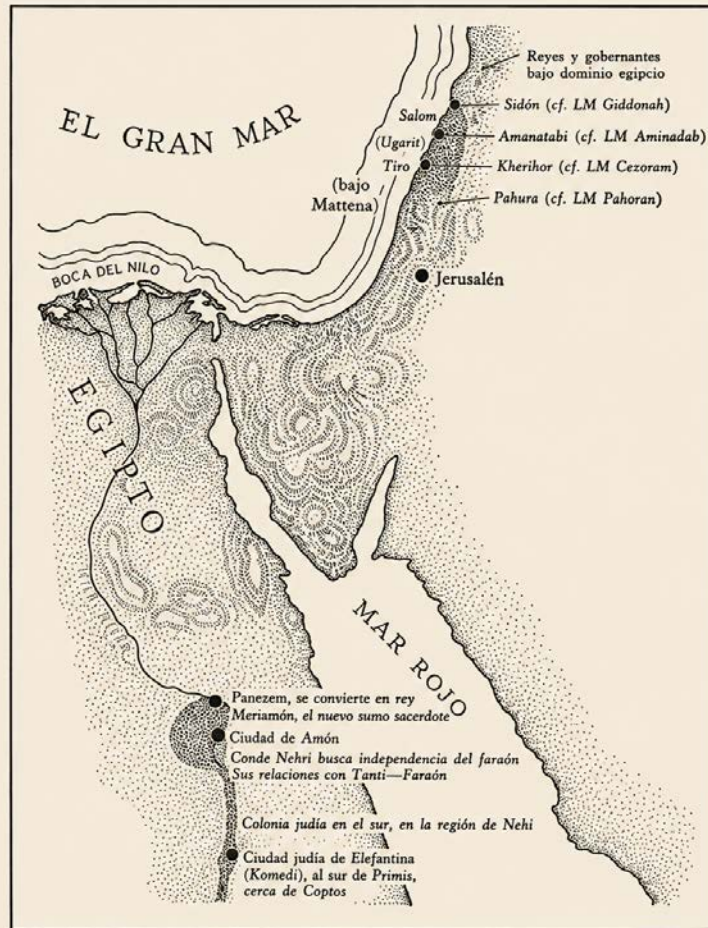
Desde allí fue “llevado ante el sumo sacerdote y también ante el juez superior de la tierra”.

A su vez, este tribunal superior “lo envió a la tierra de Zarahemla... ante Alma, el juez superior, quien gobernaba sobre toda la tierra”, además de ser el cabeza de la Iglesia.

EL VIEJO MUNDO

El principal gobernante de Egipto era el sumo sacerdote de Amón (o Ammón). Su título en egipcio era *netjer hem tep*, que significa “primer servidor (Hem) del dios”. Hem era un elemento frecuente en los nombres propios egipcios y tenía el mismo significado que el muy común elemento Abdi presente en los nombres del Asia occidental de aquella época (compárese con el árabe moderno Abdullah, “siervo de Dios”). Resulta particularmente interesante que el hermano de Ammón, en el Libro de Mormón, lleve precisamente el nombre de Hem. En cuanto a Amón (o Ammón), es el nombre propio más frecuente en el Libro de Mormón y también el nombre más común y venerado del Imperio Egipcio. Conviene señalar aquí que el Imperio Egipcio, durante todo el período posterior al año 930 a. C., afirmaba extender su dominio sobre Palestina y consideraba a Jerusalén como un territorio dependiente. La veneración del nombre Amón no implica en absoluto una concesión al paganismo por parte de los judíos, pues Amón no era sino la versión egipcia de su propio Dios universal, único y Creador: el Gran Espíritu, quien jamás era concebido con forma animal ni representado mediante imágenes. Amón aparece por primera vez alrededor del año 2140 a. C. en el sur de Egipto, en Tebas, donde parece haber sido introducido desde el Asia occidental. ¿Podría tratarse del Dios de Abraham? Resulta significativo que este nombre alcanzara prominencia precisamente en los años posteriores a la estancia de Abraham en Egipto y en el mismo lugar donde más tarde se estableció la colonia judía más importante del país. La colonia de Elefantina pudo haber sido muy antigua, pues los registros egipcios indican que desde tiempos inmemoriales los habitantes de Palestina y Siria acostumbraban buscar refugio en Egipto y establecerse en comunidades como esa. En cualquier caso, se reconoce que dicha colonia era considerablemente anterior a los documentos hebreos procedentes de ella en el siglo V a. C.; incluso es posible que su origen se remonte a mediados del siglo VII a. C. Esto significaría que ya era una comunidad antigua en la época de Lehi y proporcionaría una posible explicación para la notable concentración de nombres del Libro de Mormón que parecen relacionarse con el Alto Egipto.

La tendencia de los nombres del Libro de Mormón a concentrarse en áreas limitadas y en estrecha asociación entre sí es un fuerte indicio de que los equivalentes entre los títulos del Viejo y del Nuevo Mundo no son accidentales.



Un reflejo de este panorama egipcio también puede observarse en las ciudades costeras de Palestina, que se encontraban regularmente bajo influencia egipcia. Allí el gobierno también estaba en manos de sacerdotes y jueces, quienes en ocasiones llegaban a usurpar el cargo de rey. Esto ocurrió tanto en Sidón como en Tiro. En esta última ciudad, dos usurpadores sacerdotales llevaron el nombre de Maitena o Mattena, un nombre que presenta varias variantes y que recuerda notablemente al Mathoni del Libro de Mormón.

EL LIBRO DE MORMÓN

El experimento de gobernar mediante jueces sacerdotales terminó fracasando, en gran medida debido a la rivalidad por el cargo de juez superior entre tres candidatos, todos ellos hijos del gran juez superior Pahorán. Sus nombres eran Pahorán, Paanchi y Pacumeni.

EL VIEJO MUNDO

Esta rivalidad familiar por el cargo de sumo sacerdote era característica del sistema egipcio, en el cual dicho oficio parece haber sido hereditario, no por disposición legal, sino por costumbre. El nombre Pahorán refleja el nombre oriental Pahura, que corresponde a un egipcio “reformado”; es decir, un auténtico título egipcio modificado para adaptarse al habla hebreo-cananea. Pahura (también escrito

Puhuru) fue, durante el período de Amarna, un gobernador egipcio (*rabu*) en Siria. Ese mismo personaje, u otro que llevaba el mismo nombre, fue nombrado por el faraón gobernador del distrito de Ube, con sede en Kumedi (compárese con el elemento Kumen, presente en algunos nombres de lugares del Libro de Mormón).

Paanchi corresponde sencillamente al conocido nombre egipcio **Paiankh** (también escrito **Pianchi**, **Paankh**, entre otras variantes). El primer personaje importante que llevó ese nombre fue nada menos que el hijo del ya mencionado **Kherihor**. Aunque no sucedió a su padre en el trono, conformándose con el poderosísimo cargo de **sumo sacerdote de Amón**, su hijo **Panezem** sí llegó a convertirse en rey. A mediados del siglo VIII a. C., otro **Piankhi**, rey de Nubia, conquistó prácticamente todo Egipto y reclamó para sí tanto el cargo de **sumo sacerdote de Amón en Tebas** como el título de **faraón**. Su sucesor, cuando los asirios invadieron Egipto en los días de Lehi, huyó a una ciudad fortificada, cuya ubicación aún se desconoce, llamada **Kipkip** o **Kibkib**, un nombre que recuerda notablemente al nombre de la ciudad de **Gidgiddoni** en el Libro de Mormón (compárese también con **Gingimno**).

Pacumeni, el nombre del tercer hijo, se asemeja a los nombres de algunos de los últimos gobernadores sacerdotales de Egipto, cuyos nombres aparecen como **Pa-menech**, **Pa-mnkh**, **Pamenches**, entre otras variantes. Los griegos —quienes con frecuencia proporcionan la clave para la pronunciación correcta de los nombres egipcios— colocaban el sonido gutural antes de la nasal, tal como ocurre en la forma del Libro de Mormón **Pachomios**. El personaje más famoso que llevó ese nombre fue comandante de todas las fuerzas del sur y, además, **sumo sacerdote de Horus**. Al menos otro gobernador general de Egipto llevó igualmente ese mismo nombre.

Una coincidencia notable

Una coincidencia particularmente llamativa es el predominio del prefijo **Pa-** tanto entre los nombres de jueces egipcios como entre los jueces nefitas. En el egipcio tardío este prefijo era extremadamente común y funcionaba simplemente como el **artículo definido**.

Para los sumos sacerdotes egipcios **Panezem**, **Pakebis** y **Panas** no encontramos un paralelo directo en el Libro de Mormón. Sin embargo, dentro de la lista nefita no debe omitirse el nombre **Pachus**, ya que, aunque no lo he encontrado en la limitada documentación a mi disposición, es un nombre perfectamente egipcio, cuyo significado sería **“él —Amón— es alabado”**, siendo ambos elementos muy frecuentes en los nombres propios egipcios.

Otro juez del Libro de Mormón, **Cezóram**, posee un nombre que recuerda al de un gobernador egipcio de una ciudad siria: **Chi-zi-ri**.

Debe observarse también que el mencionado **Panezem**, al convertirse en rey, adoptó el nombre de **Meriamón**, un nombre con un evidente sonido propio del Libro de Mormón, incluso si no lo leemos como **Moriamón**, una variante perfectamente posible.

Sidón era el puerto oficial por el cual los judíos comerciaban con Egipto. Como Lehi y su familia se dedicaban al comercio, no resulta sorprendente que **Sidón** sea la única ciudad palestina, además de Jerusalén, cuyo nombre ocupa un lugar destacado en la geografía del Libro de Mormón.

Además, puesto que Sidón constituía el principal punto de encuentro entre hebreos y egipcios, y dado que en el Libro de Mormón aparecen nombres pertenecientes a ambos idiomas, sería de esperar que el nombre de este importante lugar figurara tanto en su forma hebrea como en su forma egipcia.

La forma egipcia (lista XXII, B, 4 de Albright) es **Dji-dw-na**, notablemente semejante al nombre personal **Giddonah** del Libro de Mormón.

Para facilitar la comparación, presentamos las siguientes listas provisionales, colocando los nombres del **Viejo Mundo (VM)** junto a los del **Nuevo Mundo (NM)** o **Libro de Mormón (LM)**.

Viejo Mundo (VM)	Libro de Mormón (LM)
Amón (Ammon) , el nombre más común del Imperio Egipcio tardío; originalmente procedente del Alto Egipto.	Ammón , el nombre más frecuente del Libro de Mormón.
Amanathabi , gobernador de una ciudad cananea bajo dominio egipcio. El nombre está en egipcio “reformado”.	Aminadab , misionero nefita durante la época de los jueces.
Chiziri , gobernador egipcio de una ciudad siria.	Cezóram , juez superior nefita.
Dji-dw-na , nombre egipcio de Sidón.	Giddonah , (1) sumo sacerdote que juzgó a Korihor; (2) padre de Amulek.
Hem , “siervo”, específicamente de Amón.	Hem , hermano de Ammón.
Hes, Khesi , nombre propio egipcio que significa “alabado”.	Pachus , dirigente de la facción que expulsó a Pahorán del tribunal.
Kherihor (también escrito Khuthor, etc.), gran sumo sacerdote de Amón que se proclamó rey del Alto Egipto.	Korihor , agitador político que acusó a los jueces de practicar el sacerdocio para obtener ganancias y fue arrestado por el pueblo de Ammón.
Kipkip o Kibkib , ciudad del extremo sur de Egipto.	Gimgimno , ciudad nefita.
Manti , forma semítica de un nombre egipcio, por ejemplo <i>Manti-mankhi</i> , príncipe del Alto Egipto hacia el año 650 a. C.; derivado del egipcio Mntw (Montu) de Hermontis.	Manti , nombre de un soldado nefita, una tierra, una ciudad y una colina.
Nehi , gran administrador que “unificó todo el sur bajo su dirección”.	Nefi , fundador de la nación nefita.

Nehri , conde de Tebas que reclamó dominio independiente sobre el sur de Egipto.	Nefi , fundador de la nación nefita.
Pahura , embajador egipcio en Palestina.	Pahorán , (1) gran juez superior; (2) su hijo.
Paanchi , (1) hijo de Kherihor, sumo sacerdote; (2) gobernante del sur que conquistó Egipto y fue sumo sacerdote de Amón en Tebas.	Paanchi , hijo de Pahorán y pretendiente al cargo de juez superior.
Pamenches (griego: Pachomios), comandante del sur y sumo sacerdote de Horus.	Pacumeni , hijo de Pahorán y rival por el cargo de juez superior.
Maitena , Mattenos , etc., jueces de Tiro que en distintas épocas se hicieron reyes, posiblemente bajo patrocinio egipcio.	Mathoni , discípulo nefita.
Sam-Tawi , sucesor de Nehri, quien adoptó el nombre Sam (“el unificador”) al convertirse en rey del sur.	Sam , hermano de Nefi.
Sidón , puerto por el cual pasaba todo el comercio judío con Egipto.	Sidón , el único nombre de ciudad de Tierra Santa, aparte de Jerusalén, que ocupa un lugar prominente en la geografía del Libro de Mormón.

No requiere un gran esfuerzo de imaginación descubrir cierto paralelismo entre estas dos breves listas. Pero, ¿no estaremos forzando injustificadamente la evidencia al tomar los nombres al azar y colocarlos uno junto al otro? Precisamente ahí reside lo más notable. En efecto, escogimos los nombres al azar, y teníamos a nuestra disposición todo el Cercano Oriente, donde los nombres egipcios no predominaban en absoluto desde el punto de vista numérico. Sin embargo, los únicos nombres del Viejo Mundo que corresponden a los de este episodio del Libro de Mormón proceden todos de Egipto; más aún, de una región muy específica del extremo sur de Egipto, donde, desde una fecha incierta —pero al menos desde mediados del siglo VII a. C.— floreció una colonia judía. Además, todos estos nombres pertenecen a las dinastías tardías, posteriores al período de decadencia.

El Libro de Mormón nos dice que Lehi era un rico comerciante que, aunque “había morado en Jerusalén todos sus días”, poseía una educación y una cultura egipcias, las cuales procuró transmitir a sus hijos. El libro hace referencia constante a la doble herencia cultural del pueblo de Lehi: profundamente hebreos en su identidad, pero orgullosos de su legado egipcio. Refiriéndose precisamente a la tierra y a la época de Lehi, H. R. Hall escribe: “La civilización egipcia era digna de admiración y de imitación.” De acuerdo con el propio relato del Libro de Mormón, los únicos nombres no hebreos que debían adquirir relevancia entre los nefitas tendrían que ser egipcios; y eso es precisamente lo que encontramos.

Se observará que los nombres comparados nunca son exactamente iguales, excepto en el caso de los monosílabos Sam y Hem. Curiosamente, esto constituye una sólida confirmación de su origen común, ya que es natural que los nombres experimenten ciertos cambios con el paso del tiempo y la distancia. Por el contrario, si la semejanza fuera perfecta, nos veríamos obligados a atribuirla, por extraordinario que parezca, a una simple coincidencia. Debe haber diferencias; y, además, esas diferencias no deben ser arbitrarias, sino seguir tendencias bien definidas. Esto nos conduce a uno de los aspectos más impresionantes de los nombres del Libro de Mormón.

Tomemos, por ejemplo, el caso del nombre Ammón. Al ser un nombre tan popular, cabría esperar que apareciera tanto de manera independiente como formando parte de nombres compuestos. Y, efectivamente, constituye el elemento más frecuente en los nombres compuestos, tanto en Occidente como en Egipto. Sin embargo, en los nombres compuestos Amón o Amún modifica su forma siguiendo una regla general. Gardiner, en su *Egyptian Grammar* (página 431), afirma:

“Una clase muy importante de nombres personales es la formada por los llamados nombres teóforos; es decir, nombres compuestos en los que uno de sus elementos es el nombre de una deidad. En las transcripciones grecorromanas existe la regla de que, cuando ese nombre divino aparece al principio de un nombre compuesto (las cursivas son de Gardiner), se vocaliza con menor intensidad que cuando aparece de manera independiente o al final del compuesto.”

El autor continúa explicando que, en esos casos, Amón o Amún pasa regularmente a la forma Amen, mientras que en algunos casos la vocal puede incluso desaparecer por completo. Basta considerar nombres del Libro de Mormón como Aminadab, Aminadí, Amnihu, Amnor, entre otros, para advertir cuán perfectamente se aplica esta regla también en el Nuevo Mundo. En el caso del nombre Helamán, por el contrario, la vocalización fuerte permanece, ya que el “nombre divino” no aparece al comienzo del nombre compuesto.

Puesto que la consonante semítica l debía representarse siempre por r en egipcio (lengua que carecía del sonido l), Helamán, escrito en “egipcio reformado”, necesariamente habría adoptado la forma típicamente egipcia Heramón. Volvamos ahora a nuestra pregunta:

¿Qué sabía José Smith, traductor del Libro de Mormón, acerca del Viejo Mundo? Al menos parece seguro que conocía lo siguiente:

- (1)** Un buen número de nombres típicamente egipcios, palabras de sonido extraño que no se parecen al hebreo ni a ninguna otra lengua conocida en el mundo de la época de José Smith.
- (2)** Conocía el tipo de contexto histórico y el escenario en el que esos nombres debían aparecer en el Viejo Mundo, y parece desenvolverse con total naturalidad dentro del ambiente egipcio.
- (3)** Presenta un cuadro claro y correcto de las relaciones culturales entre Egipto e Israel, destacando acertadamente su carácter esencialmente comercial, tal como se aprecia en la extraordinariamente convincente figura de Lehi, un auténtico príncipe comerciante del siglo VII a. C. La imagen de la vida en el antiguo Oriente que el Libro de Mormón nos permite reconstruir resulta aún más extraordinaria cuando

se compara con las fantásticas ideas acerca del exótico Oriente que llenaban la imaginación incluso de los mejores eruditos de la época en que apareció el libro.

Todo el campo de estudio de los nombres del Libro de Mormón aún espera la investigación cuidadosa que merece. El propósito de este breve ensayo ha sido simplemente indicar que semejante estudio demostrará ser cualquier cosa menos un callejón sin salida. Como ejemplo final de la validez de esta afirmación, citamos un principio enunciado por William F. Albright: “La pérdida de la terminación *-on* es bastante común en los nombres de lugares palestinos.” En egipcio —o en egipcio reformado— dicha terminación se conservaría y, precisamente por ello, encontramos en el Libro de Mormón nombres de lugares como Emrón, Heshlón, Jashón, Morón, Moriantón, entre otros.

Como ya se demostró en el artículo “Palabras originales del Libro de Mormón”, no es un logro menor haber inventado simplemente una gran cantidad de nombres extraños y originales. Pero ¿qué diremos de un hombre que, además, fue capaz de escoger precisamente los nombres correctos?

Un Comentario

El ensayo “*El Libro de Mormón como un espejo del Oriente*” constituye uno de los primeros y más importantes intentos de Hugh W. Nibley por trasladar el estudio del Libro de Mormón desde un terreno exclusivamente teológico hacia el ámbito de la investigación histórica y filológica. Su argumento central consiste en que la autenticidad histórica del Libro de Mormón puede evaluarse examinando si los detalles culturales, lingüísticos e institucionales que contiene corresponden al mundo antiguo en el que afirma haberse originado. En lugar de buscar una única prueba definitiva, Nibley construye un caso basado en la *evidencia acumulativa*, donde numerosos indicios independientes adquieren fuerza cuando se consideran en conjunto.

Uno de los aspectos metodológicos más significativos del estudio es el uso de la *onomástica comparada*. Nibley no sostiene que los nombres del Libro de Mormón sean copias exactas de nombres egipcios conocidos; por el contrario, argumenta que las variaciones fonéticas constituyen precisamente una señal de autenticidad histórica. Los nombres evolucionan con el tiempo, atraviesan diferentes idiomas y se adaptan a nuevas pronunciaciones. Desde esta perspectiva, las semejanzas parciales entre nombres como *Korihor–Kherihor*, *Pahorán–Pahura*, *Paanchi–Paiankh* o *Pacumeni–Pamenches* resultan más plausibles que una coincidencia de formas idénticas, ya que reflejan procesos normales de adaptación lingüística.

Otro elemento central del ensayo es el análisis de las *instituciones políticas y religiosas*. Nibley observa que el sistema de gobierno por jueces descrito en Alma aparece acompañado por tensiones entre autoridad civil y autoridad sacerdotal, rivalidades familiares por el liderazgo y acusaciones de “sacerdocio para obtener ganancias”. Estos elementos son comparados con la evolución del poder de los sumos sacerdotes de Amón durante las dinastías tardías de Egipto. El autor no afirma que ambas historias sean idénticas, sino que comparten un mismo tipo de organización política y religiosa, lo cual, a su juicio, sitúa el relato nefita dentro de un contexto históricamente verosímil.

Especial importancia reviste el tratamiento de la figura de *Lehi*. Nibley interpreta a Lehi como un comerciante acomodado de Jerusalén profundamente influido por la cultura egipcia, una caracterización que armoniza con la intensa presencia política, económica y cultural de Egipto en Judá durante los siglos VII y VI a. C. Desde esta perspectiva, la coexistencia de elementos hebreos y egipcios en el Libro de Mormón deja de ser una anomalía para convertirse en una consecuencia natural del ambiente histórico en que vivió Lehi. Este planteamiento constituye uno de los pilares interpretativos de todo el ensayo.

Asimismo, el estudio refleja una característica constante del pensamiento de Nibley: la utilización de la *convergencia de evidencias*. Ningún paralelo individual pretende demostrar la historicidad del Libro de Mormón. Sin embargo, cuando se consideran conjuntamente la geografía, la política, las prácticas judiciales, la terminología religiosa, la lingüística y los nombres propios, el autor sostiene que emerge un patrón coherente difícil de explicar como una simple invención moderna. Este enfoque, frecuente en la historiografía comparada, evita depender de una única evidencia aislada y privilegia la consistencia global del conjunto documental.

Desde una perspectiva académica contemporánea, conviene reconocer que algunas de las identificaciones específicas propuestas por Nibley continúan siendo objeto de debate. La filología egipcia y la arqueología del antiguo Cercano Oriente han avanzado considerablemente desde 1948, y no todos los paralelos lingüísticos sugeridos por el autor son aceptados de manera unánime por los especialistas. En consecuencia, muchas de sus propuestas deben entenderse como *hipótesis comparativas* más que como demostraciones concluyentes. Precisamente por ello, el valor académico del ensayo reside menos en cada identificación individual que en la metodología interdisciplinaria que inauguró para el estudio del Libro de Mormón.

El ensayo también ilustra el estilo característico de Hugh W. Nibley como investigador. Su argumentación combina egiptología, historia antigua, estudios bíblicos, filología semítica y literatura comparada, estableciendo conexiones entre disciplinas que normalmente se estudian por separado. Este enfoque interdisciplinario influyó profundamente en el desarrollo posterior de la investigación sobre el Libro de Mormón, especialmente en instituciones como BYU y la Foundation for Ancient Research and Mormon Studies (FARMS), donde numerosos investigadores continuaron explorando las líneas abiertas por Nibley.

En conjunto, *“El Libro de Mormón como un espejo del Oriente”* debe entenderse como una obra pionera más que como un estudio definitivo. Su importancia radica en haber planteado que el Libro de Mormón puede examinarse dentro del contexto histórico del antiguo Cercano Oriente mediante herramientas propias de la investigación académica. Independientemente de la valoración que cada lector otorgue a sus conclusiones, el ensayo abrió una nueva forma de abordar el texto sagrado: no solo como un documento religioso, sino también como una fuente susceptible de análisis histórico, lingüístico y cultural. Esa contribución continúa siendo una de las aportaciones más duraderas de Hugh W. Nibley al estudio del Libro de Mormón.